

A person's hands are shown from the chest up, holding a bright, glowing white sphere. The background is a dark blue night sky filled with stars and nebulae. The person's face is not visible, only their hands and torso are shown.

JAVIER
SIERRA

EL MENSAJE
DE PANDORA

Siempre que un dogma cae, un nuevo mundo nace

El día que Arys cumplió dieciocho años recibió esta extraña carta. Le llegó desde Atenas envuelta en papel de estraza con el apremio de que debía leerla de inmediato. Escrita en circunstancias excepcionales, en ella su tía evoca el último viaje que hicieron juntas por el sur de Europa y le confía un secreto que llevaba eones guardándose: que los antiguos mitos esconden la clave para comprender el origen de la vida, las enfermedades e incluso nuestro futuro.

Basándose en investigaciones de importantes científicos y premios Nobel, Javier Sierra ha escrito una fábula lúcida, deslumbrante, que expandirá nuestro punto de vista sobre las cuestiones que de verdad están llamadas a alterar el equilibrio de nuestra civilización.

Estamos ante un relato que es a la vez apasionante, tierno y oportuno. Uno que nos adentra de forma esperanzadora en la historia de nuestra civilización a través de sus cambios más críticos y que nos recuerda las soluciones que la humanidad siempre encontró para sortearlos. «Es la carta que todos necesitamos leer para ponernos en marcha, para no rendirnos ante la adversidad. Su mensaje está lleno de intriga, pero también de futuro», asegura Javier Sierra.

El mensaje de Pandora encierra, en forma de novela, toda la sabiduría que la actual crisis nos puede reportar, ya que ofrece claves que hasta ahora nadie ha barajado y que no perderán actualidad, pues los personajes hablan de prosperidad, de florecimiento, de oportunidad, de vida.

*A Sofía.
La esperanza eres tú*

La mayor amenaza al dominio permanente del
hombre sobre el planeta es un virus.

JOSHUA LEDERBERG

Biólogo estadounidense, premio Nobel de Medicina 1958.

Frente a los demás es posible procurarse
seguridad, pero en lo tocante a la muerte todos
los seres humanos habitamos una ciudad
indefensa^[1].

EPICURO

Filósofo griego, siglos IV-III a. C.

No se debe confundir la verdad con la opinión
de la mayoría.

JEAN COCTEAU

Escritor, dramaturgo, pintor y cineasta francés.

Querida Arys:

Ha pasado una eternidad desde la última vez que te mandé una carta por correo postal. ¿La recuerdas? Te la hice llegar a Heraclión en uno de mis grandes sobres verdes y la llené de recortables con dibujos e historias de nuestros antepasados. Incluí también fotos sacadas de viejas revistas con figuritas de divinidades, e incluso la pulsera de lágrimas de cristal que aún llevas puesta. Entonces eras muy pequeña. Te fascinó ver tu nombre escrito en el envío que había llegado al buzón de tu casa como por arte de magia y la devoraste con pasión. De hecho, te pasaste un año releeyéndola. Lo hacías cada vez que volvías del colegio. Tu madre me lo contó. Y también que una tarde, de repente, caíste en la cuenta de que Hermes, el dios de los pies alados, existía y obraba maravillas como aquella. Lo habías visto en mis estampas y te prendaste de él. Descubriste que era el regente de la suerte que cae del cielo, de la inteligencia y de los sueños. Y decidiste ponerlo a prueba. Saliste a tu jardín una noche y, con todo tu descaro, le pediste un regalo. Aquella madrugada granizó. Era la primera vez que veías caer piedras de las nubes, así que pensaste que el travieso Hermes te había escuchado.

Durante meses no hablaste de otra cosa. ¡Tu tía te había escrito una carta mágica! Una que te había descubierto cómo hablarles a los de arriba.

Fue un bonito juego, ¿verdad?

Por desgracia, el motivo de esta nueva carta no lo es. Sin embargo, necesito apelar a aquella fascinación de tu infancia para que la entiendas.

Sé que ya no corren buenos tiempos para esta clase de mensajes. Nadie los lee. El teléfono, las videollamadas, las redes sociales y los correos electrónicos nos han robado el viejo hábito de medir las palabras y desgranar sobre el papel pequeñas grandes historias como aquella. Por eso te

ruego que hoy hagas una excepción. Levanta tu mirada de la pantalla y dedica un tiempo sereno a recibir lo que quiero entregarte. Me resulta raro suplicarte algo así, pero desgraciadamente la prisa ha invadido nuestra civilización despojándola de la humanidad que en Grecia forjamos a golpe de siglos, conversando bajo la sombra de los emparrados, dictando mensajes y elaborando fábulas mientras disfrutábamos de las vistas de un mar azul y tranquilo.

Sí, sí. Esos tiempos pasaron, lo sé. También soy consciente de que tras ellos llegaron otros. Los modernos. Pero incluso estos —que son los tuyos— también están a punto de agotarse. De eso estoy segura. Y justo por eso me dirijo ahora a ti.

He tardado en comprender que la imaginación es una forma legítima de acercarse al conocimiento. Atenea, la diosa del santuario que ahora contemplo, fue la protectora de la guerra, de la ciencia, de la civilización y de la justicia gracias a que la cultivó con esmero.

Tú también tienes ese don, Arys. Y lo necesitarás para recibir lo que quiero entregarte.

He decidido hacerlo de este modo, a la antigua, con la esperanza de que al recuperar el viejo y lento hábito de la lectura puedas abrazar todo lo que guarda mi alma. Si no lo hago a tiempo, si este envío no te llega, temo que esa carga se irá conmigo y tú perderás una información valiosa. Vital.

No me queda mucho, ¿sabes?

Mis piernas ya no son lo que eran. Les cuesta un mundo ascender a la Acrópolis los domingos al amanecer. Allí, sobre la roca sagrada, sola, he pasado meses llorando a los

viejos dioses mientras mis ojos iban perdiendo su agudeza y dejaban de disfrutar los contornos geométricos de una Atenas decadente y gris. Antes de la pandemia, los cuervos me vigilaban como si yo fuera una pobre y loca anciana. Yo los ignoraba. Abría mis brazos hacia el templo de Hefesto y Atenea y me dejaba embriagar por la sinfonía de olores que desprende la que fuera la capital del mundo. Y ya ves, querida, ahora echo de menos ese hábito más que cualquier otro capricho. Y el de escribirte, claro. Ni siquiera mirándote a los ojos, libres las dos como antaño, conseguiría ordenar mis ideas mejor que garabateándote estas palabras.

Nuestro país lleva semanas confinado. El resto del mundo también. Esta crisis ha obligado a las autoridades a pararlo todo, y aunque tú en Creta debes estar mucho mejor que yo, creo que puedes hacerte a la idea de que tu tía no lo está pasando bien. Y no es por el confinamiento. En absoluto. Ni por las medidas de precaución que las autoridades nos obligan a adoptar. La «distancia social» que debemos mantener, las mascarillas, los guantes y los gestos huidizos con los vecinos se compensan con llamadas telefónicas y conversaciones desde los balcones. Mi necesidad de escribirte es por algo de mucho más calado: porque me doy cuenta de que lo que nos está pasando es el preludio del fin del mundo que conocemos. ¡Y no te he revelado aún lo que yo sé de él!

Estamos a las puertas de una hecatombe. Qué palabra, Arys. Antes la usábamos como sinónimo de sacrificio a los dioses. La ἑκατόμβη (*hekatómbē*) era literalmente la inmolación ritual de cien bueyes en honor de algún habitante del Olimpo. Procede de *hekatón*, «cien», y *boūs*, «buey». Cuando la oigo en boca de un político o de una autoridad sanitaria para justificar las decenas de miles de fallecidos por culpa del último virus, pienso si todo esto no estará siendo la broma de algún hijo de Zeus que, despertado por

el ruido de nuestra época, ha decidido devolver cierta paz a la Tierra.

¿Te asusta la idea?

No. No tengas miedo, por favor. Quizá no sea quien tú crees que soy. Quizá no me haya atrevido antes a explicarte por qué estoy tan segura de hacia dónde vamos como especie, pero te prometo que no me iré hasta habértelo contado todo. Hasta que comprendas, ahora que vas a cumplir tu mayoría de edad y vas a dejar ya de ser una niña, que en tus manos está la salvación de nuestra especie.

Lee, por favor.

Y comparte lo que voy a decirte.

1

EL MENSAJE

Como verás, esto no es una carta normal. Es un mensaje en una botella. Una epístola de las antiguas. Una advertencia escrita con la esperanza de que la recibas antes de que nada tenga remedio. Me preocupa que el soporte que he elegido sea el correcto. El material orgánico sobre el que lo deposito corre el riesgo de deteriorarse. Con todo, estoy convencida de que es más seguro que una memoria magnética o un cristal de roca alterado que precisan de intermediarios tecnológicos para acceder a su contenido.

Yo no quiero mediadores. Tarde o temprano te traicionan. Se desfasan. Colapsan. Desaparecen. O simplemente se hacen imposibles de descifrar, como probablemente les ocurrirá a los discos de oro que a finales de la década de los setenta enviamos al espacio atornillados al fuselaje de las naves Voyager. Si unos extraterrestres los encontraran mañana, es poco probable que logren interpretar los surcos de esos vinilos y entiendan que contienen voces y sonidos de la Tierra.

Entonces, ¿qué puedo hacer para que esta botella no se pierda?

Le he dado algunas vueltas al problema. Grabarte mi mensaje en una gran piedra —una de las opciones que consideraré en las primeras semanas— hubiera sido peor todavía. Lo condenaría a una ubicación concreta del planeta limitando la posibilidad de que fuera descubierto. Y, la ver-

dad, no se me ocurre ningún lugar que esté a salvo de los cambios de los que deseo prevenirte.

Si te llega por este conducto, en forma de libro o de opúsculo, tengo al menos la esperanza de que se instale en tu memoria del mismo modo que lo hace un virus cuando invade una de tus células para sobrevivir. Lo importante no es el original que ahora tienes en tus manos, sino el modo en el que su contenido se acomode en ti, despertando la necesidad de compartirlo con terceras personas.

Ojalá, pues, *te infecte*. Y tú, a su vez, infectes a otros. A todos los que puedas.

De los virus y de su comportamiento te hablaré enseguida. Y también del resto de los enemigos invisibles que te rodean. La misión que me he propuesto al escribirte es la de que nunca olvides que no por desconocida una amenaza se convierte en improbable.



Hay un relato que podrás encontrar en todas las mitologías de la Tierra, casi sin excepción. Cuenta con palabras distintas una misma historia: que la especie humana ha pasado por varias extinciones por culpa del capricho de los dioses. Que hubo señales que nos advirtieron de la llegada de la ca-

tástrofe. Avisos que nos gritaban que tomáramos otro camino y que desoímos con tenacidad. ¿Vas a dejar que eso te ocurra también a ti, Arys?

En este momento, créeme, me siento como una náufraga varada en una playa remota. O, aún peor, como un nuevo Noé que ha decidido botar su arca antes de que la catástrofe lo arrase. Habrá quien se burle cuando transmitas lo que voy a decirte. Menospreciarán estas palabras y a su autora, e incluso a ti por el mero hecho de leerlas. No les hagas caso. Recuerda que siempre que llega el Mal recibimos avisos a los que no prestamos oídos. Los ignoramos por comodidad o por conveniencia, da igual, y creemos que a nosotros no nos afectará su ponzoña.

Ahora acaba de suceder de nuevo.

¿Cuántos líderes de naciones, contertulios de televisión, amigos y supuestos expertos minusvaloraron la amenaza de la última pandemia, la del coronavirus de Wuhan? ¿Cuántos de los que se rieron de quienes nos preocupamos ante las primeras noticias que llegaban de China se esforzaron después en parecer responsables? Olvídalos. A todos. Nadie acomodado está preparado para afrontar algo así. No pierdas el tiempo con los que hacen de la torpeza su bandera. No te debe acomplejar saberte curiosa y querer conocer otros puntos de vista sobre un fin del mundo que tarde o temprano viviremos todos. A mí, ya lo sabes, hace tiempo que esos insultos me son indiferentes. Me salva de la angustia la obligación en la que me veo. Solo me concierne dejarte constancia de lo que sé. Siento que sin conocer mis palabras tú y tus descendientes tendríais muchos más problemas para sobrevivir.

Casi sobra decírtelo, pero quiero hacerlo. Tú sabes que no soy bióloga. Ni viróloga. Ni tampoco una experta en meteoritos o en vulcanología. No tengo acceso a silos nu-

cleares ni a instalaciones en las que se enriquece uranio. Tampoco trabajo para ninguna moderna Agencia del Clima ni comprendo del todo los procesos de cambio acelerados que está viviendo el ecosistema terrestre. Solo soy una mujer que ha sufrido, entre otras, las dos últimas pandemias que nos han asolado: la gripe A de 2009 —causada por el terrible virus de la *influenza* H1N1, que hoy nos parece un pequeño episodio— y el coronavirus causante de la COVID-19, que acaba de barrer el planeta entero —194 naciones— sembrándolo de cadáveres.

Aunque en realidad he conocido otras. Muchas otras. La lista te angustiaría.

Soy, en definitiva, una superviviente.

Y me dirijo a ti, Arys, tan joven e indefensa aún, para advertirte de lo que tu tía ha visto con sus propios ojos.

2

ORÍGENES

Antes de seguir leyendo, debes interiorizar algo esencial: la vida no tiene valor sin la muerte. Ambas se relacionan del mismo modo que lo hacen la luz y la oscuridad. La una le da sentido completo a la otra gracias a un equilibrio precario, siempre breve en el tiempo, del que solo el ser humano es consciente. Que sepamos, claro.

Por desgracia, Arys, semejante equilibrio está llamado a romperse más pronto que tarde y a decantarse hacia el lado que menos nos favorece. Basta mirar atrás para darnos cuenta de ello. Las amenazas a la preservación de nuestra especie han sido constantes a lo largo de la historia y han estado muy cerca de acabar con nosotros. Epidemias, catástrofes naturales y guerras han decantado a menudo esa balanza hacia el abismo. Y aunque somos fuertes y llevamos millones de años de evolución superando agresiones de todo tipo, una simple ley natural nos advierte sobre quién, en apariencia, ganará al final esta guerra.

Esa ley es imposible de olvidar:

Todo lo que nace muere.

Pero no temas, pequeña. Esta es la única mala noticia que te daré. Venimos al mundo para luchar. Tú también. Y lo harás mejor cuanto más conozcas el terreno que pisas.

El cronograma de lo que somos, de la civilización tal y como ahora la entiendes, comenzó hace solo diez o doce

milenios. No es demasiado si piensas que nuestras primeras versiones surgieron hace alrededor de dos millones de años y que buena parte de ese tiempo lo pasamos actuando como simples depredadores.

En ese extenso y remoto periodo se gestaron varias familias de humanos de características diferentes. Unas fueron dando paso a otras. En cada salto se producían mejoras, se crecía en habilidades e inteligencia, hasta que finalmente surgimos los *sapiens*... y nos quedamos.

Lo cierto es que algo desconocido nos mutó de repente. Ocurrió en África, en plena ebullición evolutiva. *Algo* —lamento lo impreciso del término— nos hizo actuar de una forma totalmente nueva, con una visión inédita de la realidad. De repente comenzamos a organizarnos de un modo singular; desarrollamos un lenguaje complejo; sometimos fuerzas de la naturaleza como el fuego; empezamos a cuidar de los nuestros; los enterramos junto a objetos y alimentos como si los preparásemos para una larga travesía; incubamos habilidades lingüísticas, pictóricas y hasta musicales; elegimos a nuestros líderes; inventamos dioses y nos convertimos en cazadores de una eficacia temible. Lo curioso es que nadie en su sano juicio puede hoy descartar que esa mutación se debiera a una suerte de pandemia. Una quizá parecida a la que ahora sufrimos. Una infección que alteró el código genético de los homínidos que nos precedieron convirtiéndolos en lo que hoy somos.

La idea no es mía, querida. Es de un premio Nobel. Y no de uno cualquiera, sino del hombre que —junto a un compañero de laboratorio— descubrió en 1953 que la estructura del ácido desoxirribonucleico (ADN) tenía forma de doble hélice, como las serpientes enroscadas en el bastón de Hermes y que hoy, por cierto, muchos utilizan como símbolo de la medicina al confundirlo con la vara de Asclepio.

Ese hombre, Arys, se llamó Francis Crick. En 1962 compartió con James Watson el Premio Nobel de Medicina por su hallazgo. Y en 1981, en un giro copernicano a su pensa-